

ción de la delincuente en la capital—, de Francisca Acosta y José López Bermúdez —acerca de las colonias proletarias capitalinas y los intentos de resolución de sus problemas, como los de Ezequiel Cornejo —acerca de una de esas colonias y sus problemas específicos—, de Moisés Ramos —con respecto al problema económico-social de la basura y de los basureros en el Distrito Federal—, como los emprendidos por los miembros más jóvenes y entusiastas del Instituto de Investigaciones Sociales. . . todos los cuales representan monografías, sí, pero monografías de fines comparativos —como quiere Émile Sicard— que permiten extraer de ellas, al través del método sociológico por excelencia, conclusiones generales; monografías que muestran las posibilidades y las limitaciones del método estadístico (en cuanto modo de investigación, fecundísimo; en cuanto forma de presentación, relativamente inadecuado). Modo en que la estadística puede aunar sus cualidades de método de investigación y de método de presentación es el ejemplificado por el trabajo de Carle C. Zimmerman, quien, para mostrar la relación entre el resurgimiento familiar y la educación en las ciudades estadounidenses, recoge sus datos, los elabora, los interpreta y brinda la interpretación ilustrada —simplemente y no más— en forma numérica, en forma análoga —aunque no idéntica— a la utilizada por el Magistrado Vela en su trabajo.

Que no sólo lo contemporáneo —la ciudad de México y sus barrios o la cuenca en que se asienta (estudiada por Enrique Beltrán), o las de Guadalajara y Saltillo, estudiadas por los Dotson (Floyd e Ida) en un muy buen estudio ecológico— brindan materiales a la comparación sociológica, se muestra en el hecho de que Francisco Carmona Nenclares haya abordado en extenso el tema de las ciudades en la historia, en el de que Rousaura Hernández haya examinado las funciones —principalmente religioso-ceremoniales— de las ciudades prehispánicas de México. Hay, en el fondo, de una parte, el convencimiento de que la Sociología es ciencia no-histórica de un sujeto histórico, de que precisa que se siga la historia de las ciudades, pero también de que la historia es como un laboratorio sociológico del que extraer ejemplares para fines comparativos (sin olvidarse nunca de agregar a tales ejemplares los necesarios índices cronológicos sin los cuales este tipo de comparación se invalida), en forma análoga a como el estudio de ciudades no mexicanas —las guatemaltecas estudiadas por Mario Monteforte Toledo con un trasfondo de estudio de la economía y la literatura; las cubanas que estudiara Calixto Masó, formado en la historia contemporánea; la venezolana estudiada por Aníbal Mestre Fuenmayor, mediante criterios antropogeográficos y económicos; la uruguaya que estudió Aldo Solari, dentro de un enfoque de funcionalidad social— es estudio que brinda elementos comparativos para quien quiera juzgar de los problemas de las ciudades de México (en este sentido la ciudad testigo en el estudio de los Dotson,

que es crítica y adición a la tesis ecológica de Burgess, fue la ciudad de Houston). Comparación mucho más amplia, en el sector de las relaciones entre la ciudad y el campo, es el trabajo presentado por Oscar Álvarez Andrews acerca de la Sociología Urbana y Rural de Chile, extenso y compacto.

A no bastar la aportación teórica —en la que destaca el trabajo del Dr. Roberto MacLean y Estenós sobre los orígenes de la ciudad, a la altura de su prestigio intelectual— y las contribuciones de Nogueira Saldanha, de Herrarte, de Djácir Menezes acerca de los cambios que las ciudades producen en las formas y en la mentalidad políticas, bastaría con señalar —de prisa, por limitaciones espaciales y temporales— el estudio de problemas prácticos, principalmente de las ciudades mexicanas, aun cuando también aparezcan otros de ámbito más general como el de José Paz Moroto acerca de los servicios urbanos o el de Paul Lester Winer que relaciona la planeación urbana con los cambios que se producen en la ciudad, así como el de Miguel Íñigo Olea acerca del aprovechamiento del subsuelo o el tipificador, de raíz y orientación práctica, de Enrique Zepeda acerca de los canales de circulación de las ciudades.

Problemas prácticos de México son, en efecto, las consideraciones de Ernesto Valderrama sobre los problemas sociales y económicos que se advierten en la ciudad de México, la respuesta a “¿Qué hacer por la ciudad de México?” dada por Mauricio Gómez Mayorga, el problema del transporte en la ciudad de México que requiriera de apreciaciones y cálculos hechos por Carlos García García, la densidad de la población urbana y su influencia social, adecuadamente estudiada por Vicente Fernández Bravo, el problema de la habitación obrera en México investigado por Francisco Ortega Ruiz y Max Montero, los problemas de urbanización e industrialismo tratados en forma genérica por José Barrales Valladares, así como el de la localización de los barrios obreros certeramente tratado por Rolfo Ortega Mata, y el problema de la basura —problema económico, pero también mental de identificación del pepenador con aquello que pepena— presentado por Moisés Ramos. Los problemas de crecimiento de Monterrey examinados por Luis E. Heysen y los intentos de solución de algunos problemas sociales y sanitarios de sus habitantes descritos en el informe de Arnoldo Saldívar Silva acerca del Instituto del Seguro Social en Monterrey muestran también hasta qué grado preocupan en los Congresos Mexicanos de Sociología los problemas prácticos y cómo a los mismos se les busca ubicación adecuada en relación con ambientes sociales concretos de nuestro país.

Mencionar todas las aportaciones importantes hechas al Séptimo Congreso Nacional de Sociología resulta tarea desesperada que no podemos intentar. Hacerlo sería querer substituir con pocas cuartillas, inhábilmente pergeñadas, cinco



días de trabajos seccionales y de plenarias, equivaldría a hacer una refundición de trabajos, una presentación —desmañada— de las discusiones, una síntesis de las actas levantadas por los secretarios del Congreso —ejemplarmente trabajadores—, un hilvando de las redactadas por los secretarios de las secciones —mayoritariamente a la altura de su deber—, uno más de los relatores de las mismas —todos ellos dignos del cargo.

A más de eso, quedaría siempre referirse a la presencia más significativa en el Congreso, aquella que por estar en la mente de todos, en los labios de todos, callo; aquella cuya significación en estos actos no necesita de subrayados por ocupar, como ocupa —en función de pensamiento director, de actuante esfuerzo sostenido, en veces de duro heroísmo— el mejor sitio en el aprecio y respeto de los congresistas.

APORTACIONES DEL SÉPTIMO CONGRESO NACIONAL DE SOCIOLOGÍA AL ESTUDIO DE LA SOCIOLOGÍA URBANA